

# LEÓN ROZITCHNER Y LA MADRE COMO FIGURA DE LA MEMORIA Y LA DEMOCRACIA

León Rozitchner and the Mother  
as Figure of Memory and Democracy

**Guillermo Pereyra**

Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía  
"Manuel del Castillo Negrete" (ENCRyM-INAH)  
guillermo\_pereyra\_@encrym.edu.mx

## Resumen

**E**n este artículo se analiza el modo en que el pensamiento materialista de León Rozitchner entiende el papel que cumplieron las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo en la construcción de la cultura democrática radical de Argentina. Para atender esta cuestión se expone los fundamentos del materialismo de Rozitchner y las dimensiones de la figura conceptual de la madre o, como él mismo la denomina, la *mater-materialista*.

**Palabras clave:** León Rozitchner, materialismo, memoria, democracia, Madres de Plaza de Mayo.

## Abstract

In this article, I analyze how Leon Rozitchner's materialistic thinking understands the role played by the Mothers and Grandmothers of the Plaza de Mayo in the construction of Argentina's radical democratic culture. In order to address this issue, I explain the grounds of Rozitchner's materialism and the dimensions of the conceptual figure of mother or, as he calls it, the *mater-materialist*.

**Keywords:** León Rozitchner, materialism, memory, democracy, Mothers of the Plaza de Mayo.

León Rozitchner es uno de los intelectuales argentinos más destacados del siglo XX y de comienzos del siglo XXI. Su obra se inscribe en el campo del pensamiento crítico y abarca las dimensiones de la política, la economía, lo social y la subjetividad. Rozitchner dialogó con filosofías muy diversas, como las de san Agustín, Karl Marx, Sigmund Freud, Carl von Clausewitz, Claude Lévi-Strauss y Maurice Merleau-Ponty. Oscar Cabezas, en una precisa caracterización, detecta en la obra de Rozitchner una filosofía universal que “co-pertenece con la historia de la Argentina –sus tragedias políticas, sus exilios y desventuras emancipadoras–” (2015: 92). Universalidad e historia, filosofía y acción, pensamiento y compromiso militante, se relacionan en el filósofo argentino de una manera singular. Nos preguntamos, en este marco, cómo entiende la filosofía materialista de Rozitchner el papel que cumplieron las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo en la construcción de la cultura democrática argentina. Para atender este asunto, en este artículo exponemos los fundamentos del materialismo de Rozitchner y las dimensiones de la figura conceptual de la madre o, como él mismo la denomina, la *mater*-materialista.

Rozitchner concibe a la maternidad como el lugar fundador de todo sentido. La relación de la madre con el niño en los primeros meses de su vida es sensible, material y precede a la ley patriarcal abstracta, una ley que, según el filósofo argentino, es el fundamento de las tecnologías de dominación de la subjetividad occidental. Bajo el dominio del patriarcado, la *mater*-materialista es sustituida por el modelo femenino de la Virgen que se ubica detrás del Dios-Padre. La *mater* debe ser excluida para fundar la ley inmaterial del Padre entendida como “el asiento de todos los poderes mundanos” (Rozitchner, 2011a: 129, 131-132). Ella es la víctima fundamental del cristianismo, al que Rozitchner define como el más sofisticado, sutil, brutal e inmisericorde “método de sujeción social” (2007: 9). El cristianismo es la más perdurable de las tecnologías de poder inscrita en el corazón de los hombres. Los valores cristianos que rehúsan la carne sensible circuncidan el corazón de los hombres y la ley divina penetra en lo más profundo del alma para perseguirla infinitamente con sus imposiciones (Rozitchner, 2007: 12).

La *mater* padece no sólo el poder del cristianismo sino, también, del capitalismo, pues Rozitchner considera que estos dos sistemas de dominación parten de premisas similares. El capitalismo administra la subjetividad desde los presupuestos de la cultura judeocristiana occidental. La crítica de Rozitchner al capitalismo es similar a la de Walter Benjamin: para ambos el capitalismo es “la religión de la modernidad”, un puro culto sin dogma que se adosa al cuerpo consumista de los hombres (Cabezas, 2013: 166-167). La codependencia entre cristianismo y capitalismo es analizada magistralmente por Rozitchner en *La Cosa y la Cruz*. El capitalismo, basado en la “acumulación cuantitativa infinita de la riqueza bajo la forma abstracta monetaria”, fue posible en sus inicios gracias al “modelo humano de la infinitud religiosa promovido por el cristianismo” (Rozitchner, 2007: 9). El cristianismo profesa “un desprecio radical por el goce sensible de la vida”, una idea que también comparte el capitalismo. La religión cristiana permitió la existencia del capitalismo en la medida en que el Cristo, el Hijo crucificado, es la mercancía sagrada e inmaterial que niega la materia viva. Cristo es una entidad abstracta y la divinidad cristiana accede a la máxima expresión inmaterial en el Espíritu Santo, al que Rozitchner considera como el antecedente de la “moneda de cambio para que cada sometido pueda ponerse a salvo del terror social que anuncia su aniquilamiento necesario” (2007: 12).

La madre materialista es cohibida por la ley persecutoria del Padre e inmaterial del Capital debido a su capacidad de generar vida y, además, impide que ella piense por sí misma. El mandato materno “vivirás” contrasta con el “morirás” que opera como el fundamento del sistema patriarcal, el Estado policial y el capital. Miles de madres sensibles deben soportar la muerte de sus hijos por las injusticias económicas y las violencias internas (políticas represivas de seguridad) y externas (guerras neoimperiales) en el marco del capitalismo global. El Estado policial y neoliberal reprime el exceso de materia –rebeliones, protestas sociales, organizaciones igualitarias y horizontales– que entorpece el despliegue de las guerras preventivas y de las políticas económicas de ajuste estructural.

¿Cómo recuperar la *mater*, que es eclipsada por la supremacía de los valores sagrados del cristianismo y del capitalismo global? Obviamente, el adulto no puede retornar al seno materno y experimentar el gozo que sintió en los brazos de su madre (Rozitchner, 2011b: 30). Ahora bien, la relación en la cual la madre le da todo al niño “sin pedir nada a cambio, sin equivalente, por amor al arte, sólo por el gusto amoroso de colmarlo en el acto en que al darse ella misma se colma” (Rozitchner, 2011b: 26), *queda* impresa en el cuerpo de las personas. Restituir la *mater* significa realizar lo que en la actualidad reprime el poder inmaterial del cristo-capitalismo, y para recuperar su fuerza vital se requiere la intervención de la memoria. La *mater* persiste porque la memoria conserva “ese mundo primero vivido con la madre” (Rozitchner, 2011b: 25). La actividad sensible y sensorial, entendida como una práctica materialista, tiene en Rozitchner un potencial político emancipatorio (Cabezas, 2013: 199). Una idea similar puede encontrarse en la manera en que Giorgio Agamben entiende al placer. El filósofo italiano afirma que el hombre está llamado a conservar el recuerdo de que su “patria original [que] es el placer [...]. Las siete horas de Adán en el Paraíso son en este sentido el núcleo originario de toda auténtica experiencia histórica” (2011: 151-152). Conservar la memoria de la experiencia materialista originaria es una condición para realizar la libertad de desear, y esta práctica define al “verdadero materialista histórico” (Agamben, 2011: 151-152).

Las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo (en adelante, referidas como “las Madres y las Abuelas”) son dos colectivos argentinos de lucha por los derechos humanos que encarnan la figura de la *mater*-materialista. Las Madres surgieron en el contexto de la última dictadura cívico-militar en Argentina (1976-1983) exigiendo la aparición con vida de sus hijos detenidos-desaparecidos y el enjuiciamiento de los delitos de lesa humanidad cometidos por el aparato del terrorismo de Estado. Esta asociación está dividida en dos ramas: “Madres de Plaza de Mayo”, presidida por Hebe de Bonafini, y “Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora”. La primera fundó una universidad, una radio, un periódico y construyeron viviendas sociales para familias desfavorecidas. La Asociación Abuelas de Plaza de Mayo, presidida por Estela de Carlotto, tiene como principal

objetivo restituir a sus familias legítimas a los más de 500 niños apropiados y privados de su identidad por el Estado dictatorial. Las Abuelas han recuperado hasta el momento la identidad original de 124 nietos. En 1987, las Abuelas fundaron el Banco Nacional de Datos Genéticos, el primero en el mundo, que almacena la información genética que se requiere para esclarecer los delitos de lesa humanidad cometidos en el marco del terrorismo de Estado.

Las Madres, decíamos, encarnan la figura de la *mater*-materialista y por eso combatieron “el sistema productor de muerte venciendo el miedo” (Rozitchner, 2011a: 153). Ellas fueron las primeras en visibilizar el terrorismo de Estado con la exposición de sus testimonios en el espacio público argentino. Estas madres materialistas generaron un espacio político donde tienen cabida los cuerpos, los afectos y el sentido de la justicia.

Podemos decir que fueron las Madres y las Abuelas, todas figuras femeninas, aquellas que en medio del horror implacable, y sólo por salvar a los hijos que habían engendrado, inauguraron un nuevo espacio político –el espacio del amor generoso materno en el campo patriarcal impudico–. Las Madres despiertan en casi todos nosotros la promesa de una felicidad perdida que quedó grabada en el fondo del alma. Esas son ahora las premisas históricas y colectivas de nuestro recomienzo (Rozitchner, 2010: párr. 1).

Hoy, después de más de treinta años de lucha, las Madres y las Abuelas son las hacedoras de la cultura democrática radical en Argentina, es decir, de la democracia que se construyó al calor de sus luchas por la memoria, la verdad y la justicia. Su experiencia muestra que la sensibilidad, la tenacidad y la solidaridad subyacen a la verdadera política democrática. Las Madres y las Abuelas ocupan un lugar decisivo en la historia argentina porque cuestionaron la visión patriarcal de los partidos políticos tradicionales y denunciaron el imaginario del terror (que se cristalizó en los enunciados “si se los llevaron por algo será”, “algo habrán hecho”, “no te metás”), que continuaba oprimiendo el corazón y el pensamiento de los argentinos hasta bien avanzada la etapa democrática. La osadía de

las Madres consistió en “volver a engendrar a sus hijos asesinados por rebeldes ahora en la realidad política, como un nuevo lugar de vida. Han vencido la angustia del terror, han abierto el camino” (Rozitchner citado en Cabezas, 2013: 203).

La sensibilidad materna es una huella indeleble, pero también el adulto la olvida con facilidad. Algo similar encontramos en la filosofía de Hannah Arendt. Ella afirma que “no hay sustituto de la lengua materna” y enseguida aclara que “[s]e la puede olvidar” (2005: 30). Arendt considera que la lengua materna es un lugar donde el sentido puede recrearse constantemente. En una entrevista televisiva de los años sesenta, el periodista Günter Gaus le preguntó qué quedó en Alemania después del hitlerismo. Su conocida respuesta fue: “queda la lengua materna”. Atendamos la manera en que Arendt presenta esta idea:

Hay una diferencia abismal entre tu lengua materna y todas las demás. En mi caso puedo expresarlo con total sencillez: en alemán me sé de memoria una buena parte de la poesía alemana; estos poemas se mueven siempre, de algún modo, en el fondo de mi cabeza [...]. Y esto naturalmente es irrepetible. En alemán me permito cosas que nunca me permitiría en inglés [...]. El alemán es, en todo caso, lo esencial que ha quedado y lo que yo siempre he conservado conscientemente. [Gaus]: *¿Incluso en el momento más amargo?* [Arendt]: Siempre. Me dije a mí misma: “Bueno, ¿qué puede hacerse? No fue el alemán el que enloqueció” (2005: 29-30).

Aun en el peor momento la lengua materna subsiste y, según Arendt, esto pudo verificarse cuando acabó la noche del nazismo. Rozitchner afirma, por su parte, que la lengua materna puede ser aplastada por la ley del terror, pero permanece en la memoria del cuerpo porque “es el fundamento de la materialidad histórica” (2011b: 20). La lengua materna, en tanto material irreductible, es la más idónea para “dar a luz” el sentido. La capacidad de tomar iniciativas en el espacio público se relaciona con el nacimiento, que según Arendt produce el “milagro” de lo nuevo (2003: 202). El nacimiento no es una categoría biológica sino política: el recién nacido, como el nuevo agente político, posee la capacidad de ac-

tuar en el mundo, es decir, de “empezar algo nuevo” (Arendt, 2003: 23). En Rozitchner y en Arendt, el nacimiento permite la constante renovación de la vida humana. El nacimiento no se reduce entonces a un único acto, pues la persona puede nacer a múltiples vidas y no queda atada a una sola identidad (Esposito, 2006: 284-285). Encontramos en Rozitchner una idea similar en el siguiente pasaje: “El origen humano del intercambio que hizo posible la existencia, ese comienzo todavía sigue presente, nunca ha desaparecido, y se renueva cada día en cada madre que acuna a su hijo” (2011b: 64).

Arendt afirma que los griegos entendían el ingreso de los ciudadanos al espacio público de la *polis* como el nacimiento de una segunda vida –el *bios politikos*–, distinta de la vida doméstica sujeta a las necesidades. “Con palabra y acto nos insertamos en el mundo humano, y esta inserción es como un segundo nacimiento” (Arendt, 2003: 201). El nacimiento es el molde primero donde se plasma la experiencia política, pues el recién nacido tiene la posibilidad de renovar el medio social en que vivimos. Podemos vivir muchas vidas gracias a que aparecemos ante los demás de diversas maneras, y este proceso se parece a un constante renacimiento. Iniciar algo nuevo a través de la acción política es como volver a nacer. La política le permite a los seres humanos experimentar otras formas de vida a partir del hecho de compartir sus palabras con los demás. Arendt realiza una apología de la lengua materna y de la vida narrada: en ambas aparece el enigma y el milagro, como lo hay con la llegada del recién nacido. Los relatos permiten que la vida del pasado sea duradera y las narraciones persisten cuando circulan en el espacio público, al que Arendt define como el lugar de la memoria organizada. La polis es el antiguo espacio donde era posible conservar la memoria de las grandes acciones transmitidas de generación en generación.

La organización de la *polis* [...] es una especie de recuerdo organizado. Asegura al actor mortal que su pasajera existencia y fugaz grandeza nunca carecerá de la realidad que procede de que a uno lo vean, lo oigan y, en general, aparezca ante un público de hombres, realidad que fuera de la *polis* duraría el breve momento de la ejecución (2003: 220-221).

Para Arendt, no hay política sin memoria y Rozitchner propone lo mismo.<sup>1</sup> El olvido de la *mater* es un hecho consumado que prepara las condiciones para el despliegue del capital. Hay un camino difícil de recorrer que va del olvido de la *mater* a la memoria materialista. Difícil, porque ese olvido convive con la permanencia del resto indivisible del cristianismo, que asegura la exclusión de la *mater*. Si se excluye la *mater* es porque también olvidamos la presencia del cristianismo en las diversas instituciones del poder (la familia, la escuela, el mundo del trabajo, el Estado), que ponen múltiples obstáculos a la apertura del cuerpo sensible en la vida adulta. Aunque difícil, esa tarea no es imposible porque el olvido también coexiste –como ya lo adelantamos– con la memoria sensible: “la memoria conserva [...] ese mundo primero vivido con la madre” (Rozitchner, 2011b: 25). El olvido de la *mater* no implica su destrucción, anulación o inexistencia, porque el amor materialista:

se despliega, en todas las relaciones adultas generosas, fraternas y amorosas. Y esto sucede porque estos primeros enlaces permanecen para siempre inscriptos como marcas indelebles, soporte más denso de todo lo que luego habría de inscribirse como puramente subjetivo” (Rozitchner, 2011b: 18-19).

La *mater* no queda entonces encallada en el “origen”: continúa desplegándose, casi siempre de manera imperceptible, en las relaciones amorosas adultas. Aunque la materia ensoñada es excluida de la experiencia real por la ley persecutoria del Padre, permanece como una marca imborrable en la memoria viva de los cuerpos.

1 Cabe aclarar que los contrastes entre las filosofías de ambos autores son profundos. Rozitchner, a diferencia de Arendt, entiende que el espacio político no es el ámbito del discurso sino el de la palabra sonora que emana de los cuerpos materialistas. Para Arendt la política se desarrolla en el espacio público del consenso, en cambio, Rozitchner lo entiende como un espacio de lucha en el cual los cuerpos pueden enlazarse unos con otros luego de que éstos rompen los límites del terror. Es decir, lo político no es entendido por el filósofo argentino como el ámbito de la intersubjetividad sino como el del pliegue y despliegue de los cuerpos; tampoco lo considera un espacio libre violencia (incluso de contra-violencia) como propone, en cambio, la visión consensualista de la política de Arendt.

Lo más arcano es la irreductible *mater*-materialista: no sólo por ser lo más viejo sino, también, por ser lo que permanece en secreto y en sordina en la vida adulta. Lo más viejo, porque la *mater* es originaria y es el fundamento de la subjetividad afectiva, es decir, de los sujetos que hablan, piensan o sienten verdaderamente. Secreta, porque permanece olvidada por la conciencia pero es recordada por la “memoria del cuerpo” (Rozitchner, 2012: 80). Más que perdurar –pues este verbo despierta asociaciones con lo eterno, que es el asiento de la ley del Padre–, la experiencia sensible arcaica insiste en nuestro cuerpo. “[L]a madre arcaica se fue para siempre”, sin embargo:

[esa] experiencia arcaica con la madre, negada pero siempre viva, sin embargo insiste: se convierte así en la cantera o en la reserva oculta de la cual extraen la reflexión metafísica y ética sus nociones abstractas, negando la experiencia sensible de la infancia, ahora sublimada: Dios, el Ser, lo absoluto, lo infinito, lo trascendente, el espíritu, etc. (Rozitchner, 2011b: 29-31).

La memoria de la *mater* es la fuente de la que brota el sentido. La efectividad de la acción política no depende del genio o de la proeza del actor individual, sino de la posibilidad de que ésta sea recordada en el espacio público. La memoria colectiva permite añadir nuevas interpretaciones a la historia, y sin ella los relatos de las experiencias comunes del pasado no podrían ser compartidos a las generaciones actuales o futuras. Como afirma Julia Kristeva: “No son los actores, sino los espectadores, si tienen la capacidad de pensar y recordar, quienes hacen de la polis una organización creadora de memoria o de historia, de historias, o de una y otras” (2006: 90). La memoria materialista no se hunde en el recuerdo de las herencias patriarcales, sino que, al contrario, es la acción que “da a luz” nuevas experiencias y narraciones plurales. No hay política sin memoria y nacimiento, esto es, sin la continua renovación del pasado en el presente.

La tesis que postula que el nacimiento, y no la muerte, es el término fundamental de la política se encuentra en la siguiente afirmación de Hebe de Bonafini, presidenta de Madres de Plaza de Mayo: “el movimiento de

las madres nació a partir de la desaparición de los hijos, fuimos paridas por nuestros hijos, ellos desaparecieron y nacimos nosotras”. Sólo una madre como la concibe Rozitchner, pensante y política, puede luchar por la aparición con vida de sus hijos y adoptar miles más que se reconocen como sus hijos políticos. En esto consiste lo que las Madres llamaron “socializar la maternidad”. La socialización de la maternidad es una práctica política que caló hondo en la cultura democrática radical argentina. Socializar –es decir, politizar– la maternidad significa para las Madres proteger a los vulnerables que sufren la dominación de las corporaciones políticas y capitalistas. Socializar la maternidad remite al sentido originario de la *mater*-materialista, ese acto de amor al niño frágil, que inicialmente es un desconocido o un “cualquiera”. Ese “cualquiera” o “desconocido” que es el recién nacido no es un “elegido” o un “superior”, sino alguien que altera la vida tal como la conocíamos produciendo lo nuevo (Kristeva, 2006: 61-62). Replicar en la política la apertura desinteresada al otro que practican las Madres de Plaza de Mayo es un objetivo que también comparte Roberto Esposito: “si [...] nuestras sociedades lograran acoger y proteger más justamente a quien es más ajeno y a quien es más indefenso, como lo es precisamente un niño que está por nacer, nos encontraríamos seguramente en un mundo mejor” (2009: 138). Desde luego, se puede suponer que los hombres pueden ejercer la maternidad y cuestionar con ello los esencialismos patriarcales.

La continuidad de las Madres y las Abuelas en la esfera pública argentina revela que la política democrática radical que ellas ejercen es una vía para consolidar la práctica materialista. Y esta práctica se fortalece cuando el lenguaje político se vuelve un lenguaje poético. Rozitchner cita en su libro *Materialismo ensoñado los versos de Carta a mi madre*, de Juan Gelman: “¿Por qué escribo versos? / ¿para volver al vientre donde cada palabra va a nacer?” (2011b: 9). Una madre que piensa y actúa políticamente es una madre poeta porque la maternidad y la poesía son los lugares donde se cuece el sentido. La *mater* sobrevive al terror patriarcal porque es la figura poética primera que “proclama sin furia y sin ruido el cálido ‘vivirás’” (Rozitchner, 2011a: 63-64). Cuando el poeta, el filósofo o el militante de izquierda descubren el compromiso con el otro, la madre lo hizo antes

con su hijo recién nacido. “El amor materno es quizá la aurora del vínculo con el otro, que el enamorado y el místico redescubren más tarde, y cuya exploradora primordial sería por lo tanto la madre” (Kristeva, 2006: 61). Visitación de Loyola, una Madre de Plaza de Mayo, describe el significado del insigne pañuelo blanco que portan con palabras políticas y poéticas. Esta anciana militante habla poéticamente, expone un discurso sensible que sale de su boca con una voz cálida y firme:

El pañuelo para mí son mis hijos. El pañuelo me lo saco. Me lo extiendo. Me lo miro. El pañuelo es vida, es amor. Es lucha [muestra a la cámara el pañuelo con la inscripción: “Aparición con vida de los desaparecidos, Madres de Plaza de Mayo”]. Es por lo que luchaban, ese amor tan grande por los demás. Por lo que luchaban mis hijos. Y cuando me lo pongo [se coloca el pañuelo], pienso en los treinta mil [desaparecidos], y decimos [poniéndose de pie]: “Acá estamos las Madres, luchando, no tenemos miedo a nada, y orgullosas de los treinta mil [desaparecidos]”. Eso es mi pañuelo y el pañuelo de las Madres (Asociación Madres Plaza de Mayo, 2012).

La mujer materialista no concibe el lenguaje de manera instrumental, como un medio para el logro de un fin –la comunicación–; la madre militante se enfrenta al terror con la palabra y no tiene resquemores en usar lo que Benjamin llamaba el “lenguaje demente” (2010: 97).<sup>2</sup> El lenguaje “demente” que utilizan las mujeres no proviene de la insensatez o del desequilibrio, es la charla que se puede extender sin prisas, en la que siempre queda algo por decir porque en la conversación las mujeres se liberan de la atadura de las cosas (Benjamin, 2010: 98). Precisamente, “viejas locas” es el apelativo con el que la derecha argentina aún llama a las Madres y las Abuelas. Ellas siempre están dispuestas a utilizar ese lenguaje demente, a dar testimonio de su experiencia cada vez que la situación lo amerite,

2 “Las mujeres no obtienen del lenguaje redención alguna. Las palabras soplan sobre las mujeres reunidas, mas su soplar es tosco y apagado, y así ellas se vuelven charlatanas. Mas su silencio reina sobre su alma. El lenguaje no lleva el alma de las mujeres, porque ellas no le han confiado nada y su pasado nunca está acabado. Las palabras las van manoseando y alguna habilidad les da respuesta, muy rápidamente. Mas el lenguaje sólo se les muestra en ese hablante que, atormentado, les va estrujando el cuerpo a las palabras donde copia el silencio de las que ama. Las palabras son mudas, y el lenguaje de las mujeres se mantuvo increado. Las mujeres que hablan se hallan poseídas por un lenguaje demente” (Benjamin, 2010: 97).

a visibilizar cuantas veces haga falta la presencia del militarismo y el neoliberalismo en la política argentina.

En *Mil mesetas*, Gilles Deleuze y Félix Guattari afirman que los hombres les reprochan a las mujeres “su charlatanería, otras su falta de solidaridad, su traición. Y, sin embargo, es curioso cómo una mujer puede ser secreta sin ocultar nada, a fuerza de transparencia, de inocencia y de velocidad” (2006: 290). Los hombres machistas son amantes del secretismo –son, como dicen Deleuze y Guattari, “caballeros del secreto”–, mientras que las mujeres “se lo cuentan todo”, como dice Benigno, el personaje del film de Pedro Almodóvar *Hable con ella*. Al final de la charla femenina “uno no sabe más que al principio [...]. No tienen secreto, puesto que ellas mismas han devenido un secreto. ¿Serán más políticas que nosotros?” (Deleuze y Guattari, 2006: 290).

Tomando estas palabras de Deleuze y Guattari, cabe preguntarse si el verdadero sujeto político es femenino. Se puede responder esto afirmando que la madre materialista es uno de los más importantes sujetos políticos de la vida democrática argentina. En la obra tardía de Rozitchner la madre emerge como el locus de un sujeto político radical. La madre materialista encarna la experiencia política verdadera porque lo único que moviliza al cuerpo es el afecto. El filósofo argentino llama a sustituir en la política de izquierda la figura del guerrillero por la madre. En efecto, la madre materialista cuestiona la concepción asesina de la práctica guerrillera basada en la idea según la cual “todo combatiente tiene que asumir primero que, cuando entra en la guerrilla, debe desvalorizar su propia vida” (Rozitchner, 2011a: 70). La vida suprimida por la violencia aniquiladora nunca es un acto de justicia, por muy revolucionario que sea el grupo guerrillero que la comete. Una justicia que elimina la vida no es justicia sino aniquilación. Los guerrilleros argentinos, que se asumieron como los defensores de la vida y de la justicia social, se transformaron en asesinos cuando mataron fríamente a sus enemigos e incluso a sus propios compañeros, como lo hizo Jorge Masetti cuando ordenó en los años sesenta el fusilamiento de dos miembros del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP)

(Rozitchner, 2011a: 71).<sup>3</sup> Ahora bien, Rozitchner no realiza un corte tajante y definitivo entre política y violencia. La política emancipatoria puede valerse de la contra-violencia de “los de abajo” –que se diferencia de la violencia asesina de “los de arriba”–, pero el factor decisivo de la liberación no es la contra-violencia en sí sino la lucha efectiva contra el olvido de los crímenes, la angustia y la soledad.

Usualmente, la víctima comienza a actuar en política *sin saber* utilizar las herramientas de la inteligencia colectiva. Ese no-saber es el modo inicial que tienen las víctimas de posicionarse frente al horror, a su recóndito arcano, al sinsentido de la barbarie que desorienta a las personas y cercena su capacidad de discurso y acción. El no-saber –entendido como primera posición asumida por la víctima– es descrito por María de Domínguez, una Madre de Plaza de Mayo, de la siguiente manera:

Y bueno, desde ese día [el día que desapareció su hijo] le cambió a uno totalmente la vida. Uno no sabía qué iba a hacer, dónde tenía que ir, porque no estaba uno preparado para esas cosas. Yo sabía que mi hijo iba a los barrios, [en] el tiempo que le quedaba porque él estudiaba para pagarse los estudios. La mayoría no sabíamos lo que era un habeas corpus (Asociación Madres Plaza de Mayo, 2012).

Estela de Carlotto, presidenta de la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo, señala lo mismo:

Ese fue un tiempo de ilusiones, el primer tiempo. Ir a las Casas Cuna, no sólo de La Plata, de Buenos Aires y otros lugares, ir a Juzgados de Menores, hablar con los jueces, que no nos creían, que nos miraban a veces con desprecio, a veces con lástima, yo creo que en ningún caso con humanidad de decir “yo las quiero ayudar”. Entonces, buscábamos eso humanitario, eso lógico, jamás imaginábamos que había un plan siste-

3 Los guerrilleros fusilados fueron Adolfo Rotblat, alias “Pupi”, y Bernardo Groswald. Enfermos, enloquecidos y aterrados, estos jóvenes impedían –a juicio del líder guerrillero Masetti– continuar con la marcha del grupo en la selva del norte argentino y, en general, desarrollar sus tareas y objetivos. Por eso Masetti ordenó que los mataran. Ambos jóvenes eran judíos y se sabe que Masetti era antisemita.

mático para robarlos y criarlos [a los bebés desaparecidos] en cualquier lugar, con otro nombre, con otra historia. Así que ese primer tiempo fue de mucha inocencia (*Estela*. Dir. Silvia Di Florio, Argentina, 2008).

El no-saber no es una desventaja permanente de la acción política, sino algo constitutivo de la vida comunitaria: quienes se juntan por primera vez para tomar una iniciativa política nunca saben a ciencia cierta qué hacer. Esposito afirma que la comunidad es “el epicentro del no-saber [...]”. El saber tiende a remendar cualquier desgarró, mientras que el no-saber consiste en mantener abierta la apertura que ya somos; en no ocultar, sino exhibir, la herida *en y de* nuestra existencia” (2003: 191-193). La política no es la actividad que necesite de un sujeto racional o una vanguardia que “sabe” lo que “la gente” quiere. La comunidad política no se fundamenta en el sujeto dueño del saber sino en la apertura y el contacto riesgoso con los demás. El no-saber de la madre materialista no conlleva ignorancia sino, más bien, el descentramiento del sujeto patriarcalista quien, *mansplaining* mediante, sabe de antemano qué hacer y obliga a hacerlo sin consultar a nadie.

La víctima se convierte en madre materialista y política cuando cuestiona la figura de la víctima así como la identidad patriarcal del héroe. Hebe de Bonafini ha declarado en muchas ocasiones que las Madres de Plaza de Mayo no son víctimas ni heroínas. Evidentemente, las Madres y sus hijos desaparecidos fueron víctimas del terrorismo de Estado, pero la victimización atenta contra la dimensión política de la madre materialista. Según Rozitchner (2011a: 59), las víctimas tienen que simbolizar lo intolerable, el horror que no se puede olvidar, no un estado de angustia permanente e indescifrable. Simbolizar el límite de lo intolerable significa también que la víctima se coloca del lado de la vida para diferenciarse tajantemente de los asesinos: si la víctima hace justicia por mano propia termina mimetizándose con el victimario y pasa al campo de la muerte. Para Rozitchner, visibilizar el horror es una empresa política, no místico-religiosa, porque se trata de oponerse al mandato cristiano de aceptar el martirio para hacerse digno de la vida eterna. La concepción religiosa de la víctima articula dos facetas peligrosas para la política democrática:

la divinización y la demonización. La víctima divinizada se transforma en un héroe indiscutible y absoluto, cuyo lugar se encuentra fuera del espacio profano de la democracia. Las víctimas demonizadas son criminalizadas por el poder represivo o asesino y es un signo del desprecio que los dominadores sienten por ellas.

Rozitchner (2011a: 97) considera que las víctimas tienen que contar con el tiempo y los recursos suficientes para organizarse políticamente. Las organizaciones de las víctimas deben potenciar la creatividad y el ingenio colectivos sin construir aparatos de dirección burocráticos. El paso del tiempo sirve para “ir aclarando y desarrollando la capacidad de pensamiento colectiva [...] no [se puede] eludir el tiempo de la preparación” (Rozitchner, 2011a: 96). El tiempo de la organización militante no es lineal y difiere por tanto de la temporalidad del plan ideado por etapas, porque los movimientos de víctimas avanzan y retroceden en sus conquistas políticas. Además, la lentitud del proceso no significa que las cosas van siempre mal. Como afirma María de Domínguez, otra Madre de Plaza de Mayo:

Estamos orgullosas [...] del reconocimiento que tenemos hoy día de la gente. Mendoza ha sido siempre una provincia muy conservadora, al principio teníamos que aguantarnos cada insulto en la Plaza por varios años. Hasta que empezamos a hacer conocer la historia. Y bueno, esperamos que se siga profundizando el proyecto nacional y popular de Néstor [Kirchner] y Cristina [Fernández] (Asociación Madres Plaza de Mayo, 2012).

Jacques Rancière cuestiona, al igual que Rozitchner, la concepción victimizante de la víctima. El filósofo francés lo llama discurso de la “víctima universal” o “absoluta”. Este discurso se basa en una concepción humanista de la política que impide que la víctima desarrolle un pensamiento y una práctica igualitaria; la víctima absoluta sólo profiere “la queja monótona, la queja del sufrimiento desnudo, que la saturación ha hecho inaudible” (Rancière, 1996: 156). Cuando la víctima absoluta habla los demás deben callar. La víctima se vuelve un sujeto

político real cuando elabora el duelo para no caer en la melancolía, pues ese estado anímico impide aparecer y permanecer en el espacio público democrático (Butler, 2006: 57). Cuando prima la concepción victimizante o melancólica de la víctima sobreviene la impotencia y ésta pierde ingenio para resistir y ganas de construir poder popular. Las Madres y las Abuelas derribaron la imagen de la Virgen santa generala de las Fuerzas Armadas, pero también la figura de la Virgen dolorosa que se queda muda e inmóvil mientras su Hijo es asesinado en la Cruz. Estela de Carlotto relata en el siguiente pasaje cómo consiguió sortear la situación de la madre sufriente:

Si yo me hubiese quedado desesperada, llorando, sin construir nada, quizás hubiese sido mortal, quizás no estaría viva. En cambio el buscarlo [a su nieto Guido desaparecido], es un acto de vida, es un acto de desprendimiento, de actitud, de desafío, de contestación, de una actitud contestataria a todo esto tan horroroso, y eso nos mantiene, me mantiene. Yo me levanto todos los días con la ilusión (*Estela*. Dir. Silvia Di Florio, Argentina, 2008).<sup>4</sup>

Una madre materialista no perdona a los asesinos de sus hijos detenidos-desaparecidos. “Ni olvido ni perdón” es la consigna que los organismos de derechos humanos argentinos no han dejado de enarbolar. La víctima religiosa, producida por lo que Rozitchner llama la tecnología cristiana de dominación, es la que perdona a los asesinos. Cuando la víctima perdona a los asesinos cede al chantaje del moralismo abstracto de la religiosidad. Como afirma Rozitchner:

El perdón al asesino, como respuesta espontánea del ser humano, no existe. Es una operación abstracta del decir –no del sentir, no del pensar– de la conciencia separada del cuerpo. El dolor y el vejamen están inscritos en la corporeidad viva como un todo irreductible. Y únicamente separando la conciencia del cuerpo afectivo puede un sobreviviente decirle a un asesino: te perdono (2011a: 152).

4 El 5 de agosto de 2014, Estela recuperó luego de 36 años de lucha incansable a su nieto Guido, apropiado ilegalmente por las Fuerzas Armadas.

Aunque ser una Madre o Abuela implica asumir una lucha incansable por la justicia y la igualdad, es importante subrayar que en varias entrevistas estas mujeres afirman que de poder elegir hipotéticamente entre ser una Madre o Abuela de Plaza de Mayo y poder estar con sus hijos desaparecidos, optarían por lo segundo sin dudar. “La realidad: me gustaría tener a mi hijo, no ser Madre de Plaza de Mayo”, dice Agustina de Vera. Si pudieran volver al tiempo anterior en que el horror cambió sus vidas para siempre, muchas de estas mujeres querrían volver a ser madres y abuelas comunes y no Madres y Abuelas (con las mayúsculas que le confiere la historia argentina). La política de las Madres no obedece a las directrices alucinatorias de la izquierda abstracta, ajena a los sentimientos mundanos y concretos. Atendamos una vez más las palabras de Estela de Carlotto:

Yo tengo once nietos más, y siempre les digo –o si no se los digo lo saben– que ellos me ven mucho menos porque yo estoy buscando al que más me necesita, que es el que no sé dónde está [...]. En este camino, si dejé fue justamente un modelo de vida. Dejé una cosa preestablecida de cómo vivir. Eso está sepultado. Ahora, no digo que hoy soy una revolucionaria ni mucho menos, pero eso ya para mí carece de importancia. Si yo tengo que hacer cosas que jamás imaginé dentro de mis normas las voy a hacer, a lo mejor antes jamás. Gané un mundo, que no era el que yo tenía, muy diverso donde hay mucha gente buena. No obstante, si volviera a nacer y tuviera que vivir igual, siempre preferiría, desde todo punto de vista, ser una burguesa tonta pero estar con Laura... y Guido, por supuesto. (*Estela*. Dir. Silvia Di Florio, Argentina, 2008).

Estas palabras tienen una gran lucidez, sensibilidad y sabiduría, tres virtudes indispensables de la política democrática madura. Las Madres y las Abuelas son mujeres pensantes que no practican la política desde el marco de las identidades rígidas e insensatas de la izquierda viril. Si la maternidad es un acto político es porque permite asumir la fragilidad del ser humano, incluida la identidad del sujeto político militante.

Las Madres y las Abuelas transitaron desde el inicial “no saber” dónde buscar a sus hijos y nietos desaparecidos hasta la añosa lucha por la justicia, con la certeza de que los desaparecidos no volverán, pero también con la seguridad de que los genocidas terminarían presos en cárceles comunes si luchaban en el marco de la vida democrática que ellas mismas parieron. En las Madres y las Abuelas, el pasado se invocó sin despertar los fantasmas del odio y siempre respetaron el Estado democrático de derecho, sin vengarse de sus enemigos. Para ello fue necesario actuar y pensar simultáneamente: marchar en la Plaza de Mayo todos los jueves, reflexionar sobre las condiciones de los poderes represivos y neoliberales y visibilizar su presencia en cualquier acto que amenace la democracia. Algún día ellas no estarán más, pero el legado que dejaron en todos los que nos reconocemos como sus hijos es imborrable.

## REFERENCIAS

- Agamben, G. (2011). *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Arendt, H. (2003). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (2005). “¿Qué queda? Queda la lengua materna”. En *Ensayos de comprensión 1930-1954*. Madrid: Caparrós Editores, pp. 17-40.
- Asociación Madres Plaza de Mayo. (2012, febrero 29). “Madres de la Plaza Nro 199 - Entrevista a las Madres” [Archivo de video]. Recuperado de <http://www.youtube.com/watch?v=VHfWw3WjHKg>
- Benjamin, W. (2010). “Metafísica de la juventud”. En *Obras. Libro II, vol. 1*. Madrid: Abada, pp. 93-107.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Cabezas, O. (2013). *Postsobreranía. Literatura, política y trabajo*. Buenos Aires: La Cebra.
- Cabezas, O. (2015, enero-junio). “León Rozitchner: un pensador latinoamericano del presente”. *De Raíz Diversa*, 2 (3), pp. 91-120.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (2006). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Esposito, R. (2003). *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Esposito, R. (2006). *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Esposito, R. (2009). “Biopolítica y filosofía”. *Revista de Ciencia Política*, 29 (1), pp. 133-141.

- Estela (2008). Dir. Silvia Di Florio, Argentina.
- Kristeva, J. (2006). *El genio femenino 1. Hannah Arendt*. Barcelona: Paidós.
- Rozitchner, L. (2007). *La Cosa y la Cruz. Cristianismo y capitalismo (En torno a las Confesiones de san Agustín)*. Buenos Aires: Losada.
- Rozitchner, L. (2010, 10 de noviembre). "Un nuevo modelo de pareja política". *Página 12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/156626-50240-2010-11-10.html>
- Rozitchner, L. (2011a). *Acerca de la derrota y de los vencidos*. Buenos Aires: Quadrata y Biblioteca Nacional.
- Rozitchner, L. (2011b). *Materialismo ensoñado. Ensayos*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Rozitchner, L. (2012). *Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.